

“¡Atención!”

Capítulo uno. Para salvar a un camarada.

Una descarga aguda, que resonó por el barranco, y luego otra, justo cuando el tenue humo azulado de un centenar o dos de mosquetes se elevaba hacia la brillante luz del sol, entre los castaños y alcornoques dispersos que llenaban la parte baja de la hermosa garganta, donde, ora oculto, ora centelleando y dispersando los rayos del sol, un torrente rugía y espumaba a lo largo de su curso rocoso hacia su confluencia con el gran río español, cuyo destino era el mar.

Otra descarga irregular; seguida de unos cuantos disparos aislados, sordos y de gran resonancia, que evidentemente provenían de un grupo de escaramuzadores que avanzaba por la empinada ladera del río.

No hubo respuesta del pelotón a la descarga, pero los disparos de los escaramuzadores fueron respondidos directamente con ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! Los disparos sonaban extrañamente distintos a los pesados y sordos disparos de mosquete que provenían de cerca, y apenas necesitaban vislumbrar los uniformes verde oscuro que salpicaban la ladera de la montaña para anunciar que eran disparados por fusileros que minutos antes estaban, casi en fila india, avanzando por un escarpado sendero de montaña.

Una segunda mirada reveló que formaban la retaguardia de un cuerpo de francotiradores, tras los cuales, a lo lejos, se distinguían de vez en cuando destellos de un escarlata brillante, que a veces parecían casi anaranjados bajo el sol brillante; el naranja brillaba con destellos plateados, mientras el sol jugaba con el cañón del mosquete y la bayoneta calada a más de la altura del hombro.

La campiña española, entre los imponentes Pirineos; El escarlata de una columna británica que avanzaba por un accidentado camino de herradura, desde el cual quienes lo atravesaban contemplaban desde arriba una escena de belleza terrenal, y desde arriba el azul celestial, más allá del cual se alzaban los escarpados picos. Donde aquí y allá, manchas de nieve del invierno pasado brillaban y centelleaban al sol.

La estrategia había indicado la retirada; y el uniforme negro verdoso, con cuello y puños ribeteados de escarlata, del regimiento de fusileros de Inglaterra cubría la línea en retirada, cuando las columnas de casacas azules de la división del general francés avanzaron y lanzaron las salvajes descargas y disparos dispersos de los tiradores, que provocaron la respuesta aguda, feroz y estridente de la retaguardia en retirada.

"¡Por fin!", dijo uno de los fusileros, levantándose de donde se había arrodillado para refugiarse tras un arbusto, y allí estaba, clavando un cartucho con un peculiar sonido agudo y resonante de hierro contra hierro, antes de rematar con unos golpes fuertes, devolviendo la varilla brillante a sus argollas y levantando la cazoleta de la cerradura para comprobar que estaba bien cargada con la pólvora gruesa del día.

"¡Sí, por fin!", dijo su camarada más cercano, quien con algunos más se había detenido a la orden de un subalterno de esperar a cubierto para disparar uno o dos tiros contra el enemigo que los perseguía. "¿Vamos a mantener este lugar?"

"No", dijo el joven oficial. "¿Oyes eso, amigo?". Pero una o dos notas de corneta sonaron dulces y claras en el hermoso valle, sugiriendo a uno de los hombres una escena similar en un valle inglés. Aun así, suspiró para sí mismo al darse cuenta de que esta era una cacería diferente, y que ellos, los hombres del 10, el único regimiento de fusileros del Ejército Británico, eran los perseguidos, y que quienes los seguían eran los franceses.

Unos cuantos disparos más de los fusiles mientras continuaba la retirada, y entonces cesó la mosquetería francesa; pero los últimos tiradores vislumbraron a las casacas azules de los franceses que se acercaban rápidamente.

"¿Los han asqueado, muchachos?", dijo el joven oficial, mientras guiaba a sus hombres tras el grueso de sus amigos en retirada.

"No, señor", dijo el joven soldado al que se dirigían; "parece que nos han perdido de vista. El camino de herradura se ha desviado directamente hacia aquí a la izquierda".

"Sin duda, sí. Entonces empezarán de nuevo enseguida. Manténganse bien de frente al enemigo y aprovechen cualquier escondite. ¡Aquí, corneta, no se acerquen a mí!"

El muchacho de aspecto robusto al que se dirigían acababa de acercarse a su oficial cuando, justo cuando estaban a punto de adentrarse en una arboleda baja, se oyó otra descarga. Las balas resonaron entre las ramas, y las ramitas y hojas cortadas sobre las cabezas de los hombres cayeron a raudales.

"¡Adelante, muchachos, a paso ligero!". Y el subalterno condujo a sus hombres a través de los árboles, hasta donde la ladera de la montaña se abría un poco más; y, señalando con su espada una densa mata un poco más adelante, gritó: "¡Cúbranse ahí!" Debemos defender esa mata. ¡Aquí, corneta! ¿Dónde está ese muchacho?"

Nadie respondió; los hombres siguieron apresuradamente al que hablaba a paso ligero. Pero el joven soldado que había respondido las preguntas del subalterno, tras retroceder hasta donde corría con un compañero en la retaguardia, miró por encima del hombro y, sobresaltado al presentir que el chico no había atravesado el grupo, se detuvo en seco. Su compañero lo imitó y respondió a la ansiosa pregunta que le dirigían. «No lo sé, amigo». Creía que estaba con su oficial. «Vamos; no queremos ser prisioneros».

Se sobresaltó de nuevo mientras hablaba, sin oír, o desde luego sin prestar atención, a las airadas palabras de su camarada. «Debe estar allá atrás, en el bosque».

Con el rifle en la mano, se adentró corriendo en el bosque, oyendo, mientras corría, gritos como de órdenes del enemigo. Pero siguió corriendo a la derecha a través del grupo de árboles, hasta donde el sendero serpenteaba junto al borde del precipicio, y se abrió ante él hasta la siguiente parcela de bosque que ocultaba al enemigo. Pero el sendero no estaba desocupado, pues allí, a unos cincuenta metros de él, vio a su desafortunado joven camarada, quien, corneta en mano, se ponía de pie con dificultad; y luego, al incorporarse, dio un par de pasos hacia adelante, pero solo para tambalearse y tambalearse por un momento; cuando, al grito de su camarada, el chico se tambaleó por el borde del sendero, cayó unos metros y luego rodó por la empinada ladera, perdiéndose de vista.

El joven fusilero no se detuvo a pensar, sino que ocupó los breves instantes corriendo en ayuda de su camarada; y, justo cuando una descarga resonaba desde el bosque abierto más allá del sendero, se dejó caer por la borda, esforzándose por mantenerse en pie y frenar su descenso hacia donde presintió que el chico debía de haber caído. Agarrándose en vano a ramas y rocas, siguió bajando y bajando, hasta que un gran bloque de piedra musgoso lo detuvo en seco justo cuando se disparó otra descarga, aparentemente desde el sendero de mulas que se alzaba sobre él; y casi inconscientemente, en la confusión y la excitación del momento, permaneció inmóvil, acurrucado entre la escasa vegetación con la esperanza de no ser visto desde el sendero de mulas que se alzaba sobre él, aunque a la espera de que el siguiente disparo fuera dirigido contra él.

Pero, como sucedió, ese siguiente disparo fue acompañado por muchos más; Y mientras, temiendo moverse, forzaba la vista hacia arriba, pudo ver el humo gris que se elevaba y oír el sonido de una corneta, seguido del atropello de pies, y supo que, hasta entonces, no lo habían visto, pero que el fuerte cuerpo enemigo se apresuraba por el camino de herradura en plena persecución de sus amigos.

"Como si hubiera estado corriendo", murmuró el joven fusilero; y levantó lentamente la mano izquierda, desde donde yacía en una posición muy incómoda, para apoyarla sobre el pecho como para contener los fuertes latidos de su corazón.

"¡Ah!", jadeó por fin, mientras con la vista y el oído alerta esperaba alguna señal de su presencia tras el enemigo que avanzaba.

"¿Dónde está ese chico?", murmuró con voz ronca; e intentó mirar a su alrededor sin moverse, para no exponerse a nadie que pudiera pasar por la cornisa rocosa. Al minuto siguiente, la necesidad de precaución se hizo evidente, pues se oyó una orden ronca desde arriba, seguida de un pesado ruido de pasos que indicaba claramente que otro cuerpo enemigo lo estaba separando de su regimiento. "No pude evitarlo", dijo.

"No podía dejar atrás a ese pobre hombre".

Apenas había pronunciado este pensamiento cuando, aparentemente desde más allá de la rugosa masa de piedra que había frenado su descenso, se oyó un gemido sordo, seguido de unas palabras, entre las que el oyente distinguió: "¡Cobardes!".

"¿Eres tú, Punce?", susurró el joven fusilero con excitación.

"¿Eh? ¿Quién es?", fue la débil respuesta.

"¡Chiste! Quédate quieta. Intentaré llegar a ti enseguida".

"¿Eres tú, soldado Gray?".

"Sí, sí", susurró de vuelta, y el que hablaba sintió que el corazón le daba un vuelco; "pero quédate quieto unos instantes".

"¡Oh, ven! Estoy... estoy muy mal".

El joven soldado sintió que se le encogía el corazón al recordar cómo el chico se había tambaleado y caído del borde del camino sobre él. Entonces, en respuesta a la petición de auxilio, se pasó el rifle por encima del cuerpo y, girándose, logró descender tras la masa rocosa para refugiarse de quienes pasaban por la cornisa, pero solo para resbalar repentinamente un par de metros, con el resultado de que los arbustos que había sobrepasado brotaron de nuevo y le proporcionaron el refugio que buscaba.

"¡Punce! ¡Punce! ¿Dónde estás?", susurró, mientras, convencido de que no lo veían desde arriba, levantaba un poco la cabeza e intentaba distinguir a quien buscaba.

Pero todo estaba en completo silencio alrededor de donde yacía, mientras el sonido de los mosquetes llegaba rodando y resonando por el estrecho barranco; y por encima de los árboles, en la dirección donde debían estar sus amigos, se alzaba una nube de humo cada vez más densa.

Entonces, durante unos minutos, cesaron los disparos, y en medio del intenso silencio, surgió de los arbustos justo encima de la cabeza del oyente un rápido trino de notas premonitorias, seguido del agudo, claro y resonante canto de un pájaro, que llenó al muchacho de esperanza en medio de lo que el momento anterior había sido un silencio espantoso.

Entonces, desde muy cerca, se oyó un gemido bajo y lastimero, y una voz familiar murmuró: «¡Qué cobardes! ¡Dejar a un camarada así!».